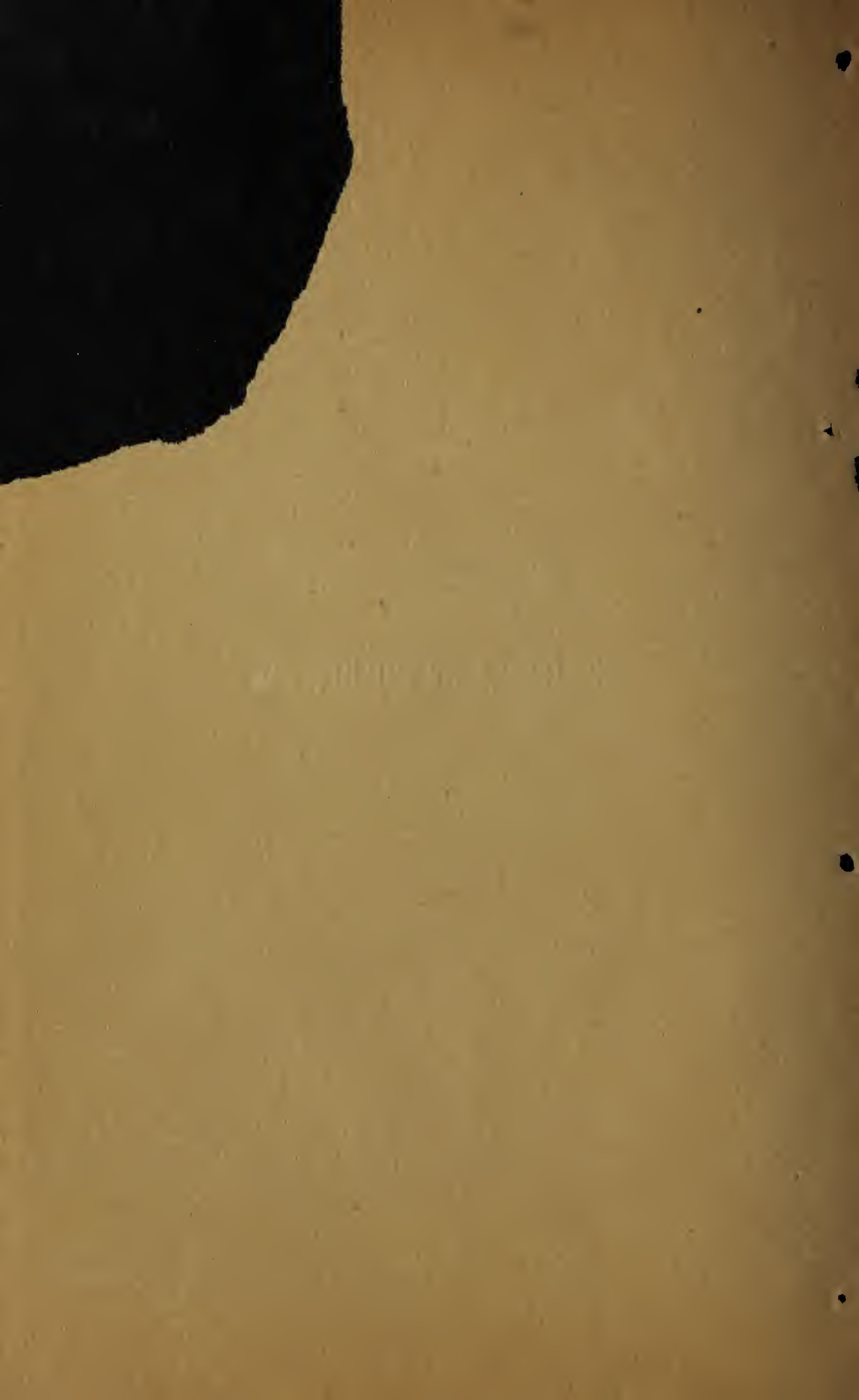


# EL POETA DE GUARDILLA



# EL POETA DE GUA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA



Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el TEATRO MARTÍN el día 6 de Septiembre de 1874.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

| NAJES | ACTORES |
|---|---|
| [illegible]...................... | Doña Catalina Montesinos. |
| DRO.................. | Don Rafael Castillo. |
| QUÉ.................... | » José Barta. |
| DON GIL.................. | » Eduardo Fraile. |
| DON ELOY................. | » Ignacio Ruíz Cámara. |

La acción en Madrid.—Época actual.

---

Á LA SEÑORA

**DOÑA JOAQUINA DUTÚ**

Madre mía: . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
En estos puntos suspensivos van ocultas mis amarguras de ayer y supuestos mis placeres de hoy: á tí, que lejos de mí has llorado aquéllas, te pertenece la dedicatoria de mi obra más querida.

Admítela gustosa, pues entre sus líneas va á tí el amante abrazo de tu hijo

P. Marquina.

# ACTO UNICO



Habitación pobremente amueblada. Mesa con papeles, tintero de barro, plumas, periódicos y varios libros encuadernados. Sobre la puerta de entrada un retrato de Cervantes. Á un lado una cuna con colgadura pobre.—No hay otras puertas que la del foro y una á cada lado.

## ESCENA PRIMERA

LUCÍA, junto á la cuna. Dan unos cuantos golpes á la puerta.

LUCIA ¿Quién? ¡Ah, ya
es de día!... (Deapertando.)
¿Quién? (Vuelven á llamar.)

GIL. (Dentro.) Servidor,
(Lucía abre la puerta del foro.)
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
Las nueve de la mañana
y dormidos... ¡voto á tal!
No es extraño que el trabajo
no adelante.

LUCIA. Es que se está
toda la noche escribiendo
Leandro sin descansar,

y ya ve usté, al fin el sueño
le vence...

GIL. Si hay voluntad
contra el sueño, poco vale
que nos quiera subyugar.
El tiempo es oro, Lucía:
esta es una gran verdad,
que yo procuré aprender,
y por eso hoy puedo alzar
la cabeza y...

LUCIA. Ya lo veo.

GIL. No soy potentado... ¡cá!
ni siquiera rico.

LUCIA. Yo
no he dicho á usted...

GIL. Mas pasar
puedo con cierto desahogo
la vida.

LUCIA. No es poco.

GIL. ¡Ya!...
Mas conviene que se sepa
que todo ese gran caudal
que las gentes me suponen,
es quimera y nada más.
Ven que reparto mis ahorros,
y como es tan raro el dar,
dicen que soy millonario...
¿comprende usté?

LUCIA. Es natural.

GIL. Como si el santo precepto
de ejercer la caridad
fuese dominio exclusivo
de los ricos; yo al buscar
á Leandro y protegerle,
sacándole del afán
de su miseria, lo hice,
no porque me sobre... ¿está?
sino porque soy cristiano.

LUCIA. Dice usted bien. (¡Qué maldad!
Este hombre, según se explica,
llama virtud al pagar.)

GIL. Por cierto que si esto sigue,

Leandro me arruinará.
Hace dos días y una hora
que no me da original...
¿Qué hace?

LUCIA. ¡Tenemos tan malo
al niño!...

GIL. ¿Y eso qué?...

LUCIA. ¡Ay!
¡hijo de mi corazón!...
no podemos ni aun llamar
un médico que le cure...

GIL. Eso ya se arreglará.

LUCIA. Si usted fuese tan humano...

GIL. Hoy iré á una sociedad
de socorros, y es posible...

LUCIA. Dicen que es preciso dar
tantos pasos...

GIL. Á la fuerza;
pues si no, cualquier truhán...

LUCIA. ¿Y si entre tanto se muere?

GIL. ¿Cómo lo hemos de arreglar?

LUCIA. Jesucristo nunca tarde
llegó del pobre portal.

GIL. Ustedes tienen la culpa
de todo...

LUCIA. ¡Qué!

GIL. Irse á casar...
sin tener un cuarto, fué
una ocurrencia fatal.

LUCIA. ¡Toma! si sólo los ricos
pudiesen ir al altar
del himeneo, estaría
soltera la humanidad.

GIL. No tanto.

LUCIA. Usted hace lujo
de un precepto celestial.

GIL. Pues lujo es casarse, y lujo
más caro que los demás,
porque donde no hay harina...

LUCIA. No siempre acierta el refrán.

GIL. Niego.

LUCIA. Las aguas de un río

van las del otro á buscar;
se juntan, y dando al valle
amena fecundidad,
de la fuente ó del barranco
van recibiendo el caudal.
Y ya tendidas sus aguas
sobre la vega feráz,
ya saltando desde el monte,
ya salvando el pedregal,
esta familia de arroyos
va á sepultarse en el mar.
Así el esposo y la esposa,
unidos en santa paz,
riendo sus alegrias
ó llorando su pesar,
con sus hijos de la mano
por este mundo faláz,
van en busca de una tumba
que no saben dónde está.

GIL. ¡Muy bonito, muy bonito!
Lástima grande, en verdad,
que el amor con el estómago
esté reñido á matar.

LUCIA. En la casa de los pobres
la fe en Dios amasa el pan.

GIL. Haga usted versos, Lucía,
y jamás conseguirá...

LUCIA. Tantos hace mi marido
y se los pagan tan mal,
que en mi memoria se quedan
aquellos que aprecia en más.

GIL. (¿Pullitas?)

## ESCENA II

DICHOS y LEANDRO, que sale por la puerta de la derecha.

LEAND. (Á Lucía, sin reparar en don Gil.)
¿Cómo está el niño?

LUCIA. No grites. Durmiendo está.
(Leandro abre el cortinajo con precaución, mira

con afán y vuelve á cerrar.)

LEAND. ¡Ay, hijo del alma mía!
¿se lo querrá Dios llevar?

GIL. Más calma, no hay que afligirse,
que no es para tanto.

LEAND. (Viendo á Gil.) ¡Ah!
¿por qué no me has avisado
que don Gil?... (Á Lucía.)

LUCIA. Te iba á llamar
cuando saliste...

GIL. He venido
cinco minutos hará,
y al ver que usted no escribía,
claro, hube de regañar.

LUCIA. Y yo le dije...

GIL. Me ha dicho
tonterías nada más;
pero, amigo mío, sabe
urdirlo de un modo tal,
que casi me ha convencido.

LEAND. ¡Es un ángel!

GIL. Es verdad.

LEAND. Mi vida sería un peso
difícil de soportar
sin ella, y sin ese niño
causa de todo mi afán.
(Se oye un quejido que parte de la cuna.)
¿Llora?

LUCIA. No tengas cuidado:
es que siempre al despertar
llora si se encuentra solo.
(Vase por la izquierda después de estar un momento al lado de la cuna.)

GIL. Volviendo á la realidad
de las cosas, la precaria
situación en que usté está
exige un esfuerzo.

LEAND. ¿Cómo?

GIL. Es forzoso trabajar.

LEAND. ¿Pues qué, no trabajo?

GIL. Sí,
pero....

LEAND. ¿Qué quiere usted más?
Cinco entregas en seis días.
GIL. Pues, sin embargo, hay que dar
un apretón al cacumen.
LEAND. Bien.
GIL. Dale que le darás
á la pluma, que usted mismo
el fruto recogerá;
treinta reales por entrega
no son de desperdiciar.
LEAND. Yo bien quisiera tener
más tiempo y fecundidad,
pero las horas del día
no se pueden aumentar.
Meses hace que las cuatro
de la mañana me dan
siempre sobre las cuartillas.
Cuando se niega á alumbrar
mi velón, falto de aceite,
y quedo en la obscuridad,
me acuesto; pero aún el sol
no se ha acercado á dorar
la reja de mi guardilla,
y ya mis ojos están
abiertos, y mi cerebro
bullendo como un volcán.
Como el avaro que vuelve
su tesoro á visitar,
así desde mi jergón
vuelvo yo á mi original.
El día en que Dios ordena
que no se encienda mi hogar,
mi llanto, de mi tintero,
á aumentar la tinta va.
Y las horas de comer
las entretengo en besar
con amor la blanca frente
de ese niño angelical,
que para santo consuelo
Dios me ha querido mandar.
Y vuelvo á escribir, y escribo
cada hora con más afán,

hasta que mi pensamiento
se fatiga de pensar,
y la idea huye de mí
con insistencia tenáz.
Entonces, siento mi cráneo
sobre el corazón pesar,
como si vivo estuviese
bajo un mármol sepulcral.
Y rendido, aniquilado,
vuelvo mi lecho á buscar,
lloro sin gemir, y pido
á Dios, que oyéndome está,
que me dé gloria en la muerte
y en vida un trozo de pan.

GIL. Vamos, sosiéguese usted,
don Leandro, basta ya
de lastimosas historias,
ó voy á echarme á llorar.

LEAND. Dispense usté, es un desahogo
del corazón.

GIL. Bien está;
mas no quiero que por mí
se tenga que lamentar.
Yo le he conocido á usté
por una casualidad;
me dijeron que escribía
usted con un regular
criterio, pero que nadie
le ofrecía medio real
por sus obras; vine á verlo,
decidido á remediar
sus desgracias, arriesgando
mi modesto capital
en darle á usté á conocer;
nos convinimos, y hará
muy pronto un año que empleo
mi dinero en publicar
sus obras, aunque el negocio
es malísimo.

LEAND. ¡Qué! (¡Habrá
hipócrita!...) ¿Malo dice?

GIL. (Conviene desalentar.)

Rematado.

LEAND. ¡No comprendo!
diez mil suscritores...

GIL. ¡Cá!
Eso era al principio, ahora
la política fatal,
artes y letras ahuyenta
sólo con mostrar la faz.
¡Que aquéllos son unos pillos!
¡Que éstos se van á lanzar!
¡Que los que se fueron vienen!
¡Que aquel que vino se va!
Y amigo, con tanta bulla
y con tanto amenazar,
se ha hecho neo el poco trigo
que antes era liberal.

LEAND. Eso es cierto.

GIL. Y por contera,
usted con su enfermedad
de la vista... cuatrocientos
duros mandó por allá.

LEAND. Merced á la operación
que usted se avino á pagar.

GIL. ¡Y muy gustoso, eso sí!

LEAND. Con condición especial
de que luégo, del trabajo
se había de descontar.
Sabe usted, que desde entonces,
por esa causa, me da
á razón de cinco reales
diarios, hasta saldar
nuestra cuenta.

GIL. Bien, no hablemos
de eso; ahora lo esencial
es que usted á su novela
le dé algo de variedad.

LEAND. ¿Cómo?

GIL. Van ya diez entregas
así tan tristes... y tan...
ponga usté algún tipo alegre.

LEAND. Pero...

GIL. Alguna novedad.

LEAND. Por Dios, don Gil, va á ser esto
el cuento de no acabar.
Para la primera eutrega
pidió usté un crimen.

GIL. Está
claro, porque en la primera
es preciso interesar...

LEAND. Cometí el crimen. Después
una seducción.

GIL. Sí tal.

LEAND. Luégo el tipo de un malvado...

GIL. ¡Gran tipo!

LEAND. Que viene y va
haciendo mil tropelías.

GIL. Eso gusta.

LEAND. Sin que echar
sobre tres hombres la ley
consiga la autoridad.
Una monja que de noche
huye con un sacristán.
Un padre que mata á su hija.

GIL. ¡Buena situación!

LEAND. Matar
me hizo luégo á un personaje,
estropeando mi plan.

GIL. Eso no ímporta.

LEAND. Y después
me lo hizo resucitar...

GIL. Justo.

LEAND. Y ahora que he logrado
darle regularidad
á la novela, me pide...

GIL. Un tipo así de can-can.
Picante.

LEAND. Si en la portada
dice: ¡*Novela moral*!

GIL. ¡Eh! quién se acuerda...

LEAND. Los críticos
me van á despedazar.

GIL. ¿Los críticos?

LEAND. ¡Pues! mis jueces.

GIL. Con un poco de Champagne

se sale pronto del paso.

LEAND. ¡Don Gil!

GIL. Deje el qué dirán.
Con tal que haya suscriciones,
bramen, si quieren bramar,
y luégo pregunte usted
si es envidia ó caridad.

LEAND. ¿Y mi nombre?

GIL. ¿Y el dinero
que se expone?

LEAND. ¡Oh, vil metal!

GIL. ¡Ea! manos á la obra:
haga usted desternillar
de risa á los suscritores;
yo pronto vuelvo, y si están
ya dispuestas las cuartilas,
tendrá usted propina.

LEAND. ¡Ah!

(Don Gil se va. Leandro cae atolondrado en la silla.)

## ESCENA III

LEANDRO y LUCIA

LEAND. ¿Por qué dicen que el talento
es el más rico tesoro,
si por un puñado de oro
se esclaviza el pensamiento?
Sólo á tales obras niega
un justísimo desprecio
el vulgo insensato y necio:
dijo bien Lope de Vega.
Ea, pues, á desbarrar;
que en vano en quejas perdemos
tiempo, los que no tenemos
ni treguas para llorar.
Lucía...

(Á ésta, que ha salido por la izquierda y se acerca á él.)

LUCIA. ¡Siempre contigo
la pena!...

LEAND. ¡Que eso repares!
tiempo há que van los pesares
constantemente conmigo.
Pero aunque, dando tormento,
un mal viene de otro en pos,
más que por mí, sabe Dios
que por vosotros lo siento.

LUCIA. Pues yo, fija en el cariño
que nos une estrechamente,
sufro y lloro solamente
por tí y por el pobre niño.

LEAND. ¡Ay, Lucía! ¡Cuán profundo
es mi paterno pesar!
¿Qué hizo ese ángel para entrar
padeciendo en este mundo?

LUCIA. Cálmate.

LEAND. ¡Y ambos qué hicimos
para sufrir tal herida!
Sí esta ha de ser nuestra vida,
díme... ¿para qué nacimos?

LUCIA. Leandro, que tu dolor
no te lleve á blasfemar

LEAND. Me abruma tanto luchar.

LUCIA. Más padeció el Redentor.
En Él hallarás consuelo
y término á tu delirio:
no olvides que es el martirio
llave segura del cielo.
Yo que en tus libros hallé
de Dios propagado el nombre,
sé que Dios responde al hombre
si éste le llama con fe.
Y para que tu memoria
vuelva esa fe á conquistar,
voy á hacerla recordar
cierta dolorosa historia.
Érase allá en Aragón
y en un pueblo de la vega,
que espléndidamente riega
y fecundiza el Jalón.
Allí un pobre jornalero
trabajaba con afán:

ganaba un trozo de pan
y un miserable puchero.
Sano, honrado, humilde, fuerte;
siempre trabajo encontraba,
y aunque riquezas no hallaba,
llegó tranquilo á la muerte.
Del mundo de los engaños
felíz fué al de la verdad,
mas dejó en triste orfandad
un muchacho de seis años.
El niño, con faz llorosa,
sin comprender el misterio
de la muerte, al cementerio
fué á rezar sobre una fosa.
Cuantos al niño miraron
en tan triste situación,
movidos de compasión
sus desdichas mitigaron.
Y de la edad inexperta
fué los años recorriendo,
de hogar en hogar durmiendo,
comiendo de puerta en puerta.
Mas como nadie cuidó
de enseñaale algún oficio,
cuando el niño tuvo juicio
en falta el oficio echó.
Mostró su amor propio enojos,
y en medio de sus desvelos,
apoyo pidió á los cielos
con lágrimas en los ojos.
Tiempo después le escuchaba
el pueblo, de cuando en cuando,
dulces versos recitando
que Dios tal vez le inspiraba.
Y tanto dió en recitar
y á escuchar tanto llegaron,
que en el pueblo le aclamaron
por coplero del lugar.
Ya con cartas á un soldado,
ya con romances á un ciego,
ganó su sustento luégo
el coplero renombrado.

Todos por diversos modos
escucharon copla ó cuento,
¡que es como el sol el talento,
que tiene luz para todos!
Se hizo el oirlo costumbre,
y un vetusto labrador,
por oir cuentos de amor
le dió el amor de su lumbre.
Y á tanto pudo llegar
la bondad de aquel anciano,
que, amoroso y buen cristiano,
trajo al muchacho á estudiar.
De su humilde posición
no era propio tal empeño;
mas si era en caudal pequeño,
era grande en corazón.

LEAND. Grande cual lo puede ser
quien sube á elevado asiento,
que á veces el sentimiento
se iguala con el saber.
Tan grande, cual desdichado
he sido en el mundo yo,
porque Dios se lo llevó,
dejándome abandonado.
Cuando al fin de mi carrera
llegaba entre mil afanes,
vino á cortar nuestros planes
la muerte implacable y fiera.
¡Cuánta fué mi desventura!
¡cuán terrible mi atonía!
El mundo me parecía
una inmensa sepultura.

LUCIA. Y á pesar de tal quebranto,
Dios, que á nadie desampara,
hizo...

LEAND. Que un angel secara
con su amor mi amargo llanto.
Tú, que llena de candor
me diste amparo y abrigo,
y ahora compartes conmigo
la miseria y el dolor.
Tú, que trocaste el reposo

por ese dolor profundo...

LUCIA. ¿Qué bien se iguala en el mundo
al cariño de un esposo?
¿Ni qué tesoro más fijo
en el alma de una madre?
¿Qué más gloria para un padre
que la sonrisa de un hijo?

LEAND. ¡Ah! (Yendo á la cuna, formando grupo.)

LUCIA. Mira. ¡Alma de los dos,
que tres ha juntado en una!
(Besando al niño.)
¿No es una prueba esta cuna
de la existencia de Dios?
¿No es esta prenda querida
fuente de nuestros amores?
¿No son sus ojos dos flores
que retratan nuestra vida?

LEAND. ¡Sí!

LUCIA. ¡Pues mira si se ve,
aunque al incrédulo asombre,
cómo Dios responde al hombre
cuando le llama con fé.
¿No lo has dicho tú?

LEAND. ¡Ah, Señor!...
¿cómo hay quien pueda negarte
si es forzoso adivinarte
dentro del paterno amor?
¡Oh! ¡gracias por tanta gloria
en medio de tal tormento!

LUCIA. Cuando es grande el sufrimiento,
grande es también la victoria.
Con este mútuo cariño
cruza la senda escabrosa,
alentando por tu esposa,
sostenido por tu niño.

LEAND. Pero... (Dudando)

LUCIA. ¡Qué!

LEAND. ¿Su mal no ves?

LUCIA. ¡Ah, qué pensamiento impío!
¡No te le lleves, Dios mío!

LEAND. ¡Ó llévanos á los tres!
(Caen en grupo al lado de la cuna.)

## ESCENA IV

LEANDRO, LUCÍA y DON ELOY

ELOY. Buenos días. (Entrando con desabrimiento.)
LUCIA. ¡Oh! (El casero.)
LEAND. Vete. (Vase Lucía por la derecha.)
(¡Qué mal encarado!)
(Esforzándose por parecer sereno.)
ELOY. (Á Leandro, que busca silla para ofrecerle.)
Los cumplimientos á un lado.
LEAND. Bien.
ELOY. Yo vengo por dinero
y no por lamentacionees,
que para oir Jeremias
no se suben á mis días
ciento cincuenta escalones.
Debe usté hoy dos meses justos
del alquiler de este cuarto.
LEAND. Pero...
ELOY. Estoy de esperar harto,
conque evitemos disgustos.
¿Qué dice usted?
LEAND. Nada.
ELOY. ¿Nada?
LEAND. Si usted no admite razón,
ya está la conversación
completamente acabada.
ELOY. ¿No ha oído nsted á lo que vengo?
LEAND. Sí, señor.
ELOY. Vengo á cobrar.
LEAND. Y yo no puedo pagar.
ELOY. ¿Y por qué?
LEAND. Porque no tengo.
ELOY. Cuatro miserables duros
los da cualquier badulaque.
LEAND. Pues délos usted y saque
á un hombre honrado de apuros.
ELOY. ¿Yo?
LEAND. Si miserables son,
y lo dice francamente,

los da usted y *fácilmente*
se concluye la cuestión.
Hasta con este motivo
hablará de usted la prensa,
y obtendrá la recompensa (Con ironía.)
del hombre caritativo.
¿Qué más puede apetecer?

ELOY. Eso es una necedad;
yo sólo hago caridad
á quien se la debo hacer.

LEAND. ¡Ya!...

ELOY. Me precio de cristiano.

LEAND. ¡Ya se ve!

ELOY. Porque lo soy.

LEAND. Pues entónces, don Eloy,
aquí tiene usté un hermano.
Nunca para hacer el bien
se medita.

ELOY. (¡El hombre es listo!)

LEAND. Porque dice Jesucristo:
*Haz bien sin mirar á quien.*

ELOY. Ese precepto es exacto;
pero, amigo, ya no rige.

LEAND. Usté ha dicho...

ELOY. Lo que dije
no vale.

LEAND. ¡Ya!

ELOY. Me retracto.
El que arrriesga un capital,
porque es justo lo recobra.
¿Qué dice?

LEAND. Razón le sobra,
y á mí me falta metal.

ELOY. Yo nada tengo que ver
conque usted tenga ó no tenga:
fuerza es que á pagar se avenga.

LEAND. Pues ahora no puede ser,
porque...

ELOY. Razones no quiero.

LEAND. Yo le juro por mi nombre...

ELOY. ¡Dinero!

LEAND. ¡Hombre!

ELOY. No soy hombre.
LEAND. ¿Qué dice usted?
ELOY. Soy casero.
LEAND. Eso es muy cierto.
ELOY. Y al cabo
de mi parte está la ley.
LEAND. Justo: aquí es usted el rey
y yo un miserable esclavo.
Sacie usted su saña impía,
no piense que me propase.
ELOY. Pero, hombre, si usted pagase,
yo no le incomodaría.
LEAND. Contra un perfecto derecho
jamás pensé revelarme,
pero usted quiere obligarme
poniendo un puñal al pecho.
¡Fuerza es que un plazo me dé
para que logre pagar,
que por llegarlo á lograr
mis maestros venderé!
ELOY. ¿Sus maestros?
LEAND. Estos son.
(Tomando varios tomos.)
de mi dolor los testigos...
inquebrantables amigos,
fuentes de la inspiración.
Hijos de ilustres varones
que, á pesar de su pobreza,
inapreciable riqueza
legaron á cien naciones.
ELOY. Á ver...
(Toma los libros y los va pasando por la vista, volviéndoselos á Leandro de uno en uno, después de leer en las portadas.)
«Chataubriand, Voltaire,
(Leyendo como está escrito.)
Balmes, Quintana, Birón,
Tasso, Horacio, Cicerón,
Cervantes...» Todo esto es aire.
(Se queda con la última obra en la mano.)
LEAND. ¡Qué!
ELOY. Nombres estrafalarios.

LEAND. Del arte y la ciencia ejemplos.
ELOY. ¡Quiá! Los libros de estos tiempos
son los libros talonarios,
Si es este el grande caudal
con que pagarme confía,
perdone usted que me ría
de un error tan garrafal.
LEAND. ¡Don Eloy!
ELOY. ¡Qué disparate!
LEAND. No añada el insulto al dolo.
ELOY. Hoy esto se compra sólo
para envolver chocolate. (Arroja el libro.)
LEAND. ¡Oh! tema usted mi furor.
(Con fuerza: Eloy retrocede )
ELOY. ¡Cómo! ¿me va usté á pegar?
LEAND. Acaba usted de insultar,
de mis maestros, al mejor.
Cervantes; luz de los genios,
(Tomando el libro.)
orgullo de los hispanos,
gloria de los castellanos,
príncipe de los ingenios.
Mas tan brutal arrogancia
no debe causarme enojos,
que lleva usted en sus ojos
la venda de la ignorancia.
ELOY. ¿Yo ignorante? ¡qué osadía!
LEAND. Un ignorante completo
con el bolsillo repleto
y la cabeza vacía.
ELOY. ¿Cómo?
LEAND. Esta obra magistral,
que nada para usted brilla,
es la eterna maravilla
del Parnaso universal.
Y no valen, señor zote,
según sabios pareceres,
mil letras de mercaderes
una sola del Quijote.
ELOY. Esas frases insultantes...
LEAND. Ponga usté á su enojo tasa.
Yo le arrojo de mi casa

en nombre del gran Cervantes,
ELOY. Me voy, pero sus astutos
planes desconcertaré.
LEAND. Déjeme usted.
ELOY. Volveré
dentro de doce minutos.
LEAND. Bien.
ELOY. En ese plazo espero...
LEAND. Bueno.
ELOY. Si no el tribunal...
LEAND. ¡Basta ya, hombre de metal!
(Eloy hace un movimiento, pero se va ante el ademán de Leandro que le echa.)
¡Fuera, esclavo del dinero!

## ESCENA V

LEANDRO y LUCÍA

LUCIA. ¿Qué has hecho? (Sale por la derecha.)
LEAND. Rogar en vano
á ese corazón de piedra.
Con resignación cristiana
sufrir sus formas groseras,
mientras que de sus injurias
blanco mis desdichas eran.
Pero cuando neciamente,
menospreciando á las letras,
las ha injuriado en Cervantes,
foco de ilustres lumbreras,
á impulsos de un justo enojo,
altivo subió á la lengua,
para cumplir su deber,
mi corazón de poeta.
LUCIA. Razón te sobra, Leandro;
pero ese hombre...
LEAND. ¿Qué te altera?
LUCIA. ¡Se vengará!
LEAND. Con pagarle
se concluye esta querella.
LUCIA. ¡Cómo!
LEAND. Vendiendo mis libros.

LUCIA. ¡Oh!
LEAND. ¿Qué he de hacer?
LUCIA. ¡Suerte fiera!
LEAND. Valor, te digo yo ahora,
y lo que Dios quiera sea.
Tómalos.
LUCIA. Aquí. (Toma un pañuelo.)
LEAND. No pierdo,
caras y queridas prendas,
la esperanza de miraros
otra vez sobre mi mesa.
(Colocando los libros en el pañuelo.)
Anda, no lejos de aquí
una librería vieja
encontrarás, véndelos.
LUCIA. ¿Por cuánto?
LEAND. Por lo que quieran.
Entre tanto voy á ver
si concluyo estas entregas.
LUCIA. ¡Cielo santo!
LEAND. Anda y no llores,
que Dios el martirio premia.
(Lucía besa al niño y sale.)

## ESCENA VI

LEANDRO

Ve con Dios, mis libros son
ricas perlas, mas no tanto
que se igualen con el llanto
de tu amante corazón.
Véndelos y no te azores,
que en esta ruda contienda,
por muchas perlas que venda
no venderé las que llores.

## ESCENA VII

LEANDRO y ROQUE

Leandro hace que va á la mesa y se vuelve al oir la voz de Roque.

ROQUE. ¡Á la paz de Dios!
LEAND. ¿Quién es?
¡Roque! (Se abrazan.)
ROQUE. Anda, muchacho, apreta.
LEAND. ¿Cómo aquí?
ROQUE. Porque *i vinío.*
LEAND. ¡Ya!
ROQUE. Yo no sabía *ande era*
tu casa; pero me *juí*
*aonde* venden las novelas,
que me lo *ijo* un maruso,
y *en cuantico* ví la tienda
de librotes y de estampas,
marrimé, *empenté* la puerta
y dije: ¿digo, *tio güeno,*
podrá *icir*, por lo que sea,
en *onde tié* la posá
el coplero de mi tierra?
En *cuantico* que me oyó
le dió risa á la librera,
Pero el demonio del hombre,
que *tiè* mal genio *á lá cuenta,*
me respondió: «Hable usté claro
ó busque usté quien lo entienda.»
¡Otra que Dios! respondí;
yo soy Roque Muñóz Guerra,
por mal mote *Brinca-charcos,*
sé *escrebir* y sé de letras,
y á más nací en Aragón,
que es tierra de España mesma:
conque si aquí no me entienden.
yo no sé dónde me entiendan.
Me miró el hombre y me *ijo*
entonces con más pacencia:

—¿por quién pregunta usté?—Pues
por Leandrico Perea.
Ahijado del tío *Aleluya*,
que se murió de viruelas.
Conque entonces dijo... ice,
voy á darle á usté las señas;
yo le hice la cortesía,
él me dió esta papeleta,
eché á correr *de seguía*
y aquí estamos, güena pieza.

LEAND. ¿Y qué te trae por acá?

ROQUE. ¡Otra! por acá, la idea
de verte, y á más á más,
poner en tu mano *mesma*
una carta que *ma dao*
pa que te la dé el *tío Enreda*,
el escribano, ahí la tengo
en la alforja. (La busca.)

LEAND. Tal vez quiera
algún libro.

ROQUE. Pué que sí,
como es hombre de leyenda. (Saca la carta.)
Ahí está... pero Leandrico,
(La echa sobre la mesa y vuelve á abrazar á Leandro.)
lo que más *mus* interesa
es apretarnos de firme
después de tan larga ausencia.
¡Es verdad!

LEAND. Querido Roque...

ROQUE. Ya sabes tú que en la escuela
yo era tu mejor amigo.

LEAND. Es cierto.

ROQUE. Y con mi vihuela
te acompañaba á cantar
todas tus *coplicas* nuevas.

LEAND. ¡Qué tiempos aquellos, Roque!

ROQUE. Ya lo pues *dicir* de veras.
¡Qué joticas en la plaza
y qué *chiquias* tan *regüenas*!
Y ahora que hablamos de *chiquias*;
hombre, ¿qué tié la parienta?

No la veo.

LEAND. No está en casa.

ROQUE. Entonces debe estar *güena.*

LEAND. Sí; ¿pero cómo supiste,
después de tan larga ausencia?...

ROQUE. ¿Que te habías *enganchao*?
El hijo de la alcaldesa,
que vino á estudiar, lo dijo
cuando se *golvió* á la aldea.
¿Hay crío?

LEAND. ¡Míralo aquí. (Lo mira.)

ROQUE. ¡Guapo! Déjalo que duerma:
me *paice* algo apolillao.

LEAND. Está enfermo.

ROQUE. Pue que sea
falta de alimento.

LEAND. ¿Cómo?

ROQUE. Quiero *icir* que haya probeza
en la madre.

LEAND. No.

ROQUE. Si acaso,
mándamelo allí á la tierra,
que lo críe mi mujer,
y verás cómo sarregla.

LEAND. ¡Tu mujer!

ROQUE. Yo me he enganchao
también... por más que uno quiera
ser hombre, si alguna *chiquia*
aquellos ojazos le echa
de carnero *degollao,*
se le va á uno la mollera,
y no hay más: se *güelve burro*
y lo meten en la *recua.*

LEAND. ¿Te va mal?

ROQUE. Pus al revés;
pero ya la vida aquella
se acabao: ende que tú
te viniste á tu faena
y yo y nuestros *amiguicos*
mus *enganchamos,* las fiestas
se han rematao en el pueblo,
y ya ni se oyen rondeñas,

ni hay dance para la Santa,
ni por la feria comedias.
*Tóo* se ha vuelto del revés
y anda de mala manera.
Hace un año, ó cosa así,
se vino abajo la escuela,
y en el lugar *á onde* estaba,
el marqués y la condesa
hacen la plaza de toros
*mu regrande y mu regüena*;
pero rematar no quieren
hasta que don Carlos venga,
por lo que *me paice* á mí
que sin hacerla se quedan.
El cura está en la *facción*,
está cerrada la iglesia;
el sacristán sa llevao
no sé pa qué toa la cera:
á un liberal, los carlistas
le han hundido la mollera,
y nosotros á un carcunda
le cortamos las orejas.
*Chiquio*, tóo anda *regüelto*
y sólo hay dos cosas güenas:
que ha parío mi mujer
y que sa muerto mi suegra.

LEAND. ¡Válgame Dios, pobre pueblo!

ROQUE. Pero entre tantas miserias,
yo voy andando hacia alante,
y entre lo que de mi agüela
mus ha *tocao*, y tres años
de unas mágicas cosechas,
hi juntao unos dineros,
y vengo á arrendar las tierras
que tenía el tío Bellota
en la ermita de la Vega.
Hoy mismo iré á ver al amo,
y no me güelvo sin ellas.

LEAND. ¡Dios sabe cuánto me alegro!

ROQUE. Y tú, ¿cómo te manejas?

LEAND. Vamos pasando.

ROQUE. Ya veo

que no vives con grandeza,
pero...

LEAND. Sí... la economía...

ROQUE. Mu bien hecho; asina medra
el probe: si el tío Aleluya
el pleito ganao hubiera,
no estarías ahora enjuto.
En fin, ¿cas de hacer? paciencia
y barajar. Pus yo, chiquio,
te lo diré con franqueza,
que pa eso semos paisanos.

LEAND. ¿Qué te ocurre?

ROQUE. Tanimientras
que se arregla este negocio.
me quedo aquí.

LEAND. (¡Qué vergüenza!)
Vas á estar mal.

ROQUE. Yo estoy hecho
á todo; como no sea
que tú...

LEAND. ¿Qué vas á decir?
yo tengo una dicha inmensa
en tenerte aquí á mi lado
tras tanto tiempo.

ROQUE. ¡Pus ea!
con tu premiso ahora mesmo
me voy á dormir la siesta,
que el maldecío carril
me ha puesto como una breva.

LEAND. Bueno: échate ahora en mi cama,
ya se arreglará.
(Le indica el cuarto de la derecha.)

ROQUE. En cualquiera;
lo que me importa es estar
ande confianza tenga;
que en la posada, ya sabes,
mu bien suceder pudiera
que me espanten los dineros,
y tras de tanta faena,
me quede yo aquí en Madrí
á la luna de Valencia.

LEAND. Dices bien. (¡Qué compromiso!

¡Y Lucía que no llega!)

ROQUE. ¡Ah! por mí no hacer aumento,
yo no gasto mucha teca:
unas magras con tomate
y medio cabrito apenas.
Tú ya sabes, poca cosa.

LEAND. Sí, sí.

ROQUE. Cualquier friolera.

LEAND. Pues á descansar.

ROQUE. Amén;
luégo veré á la parienta.
(Entra en el cuarto.)

## ESCENA VIII

LEANDRO, luégo LUCÍA

LEAND. ¿Habráse visto algún hombre
en situación como ésta?
¿Y qué hago?

LUCIA (Entrando ) Ya estoy aquí.

LEAND. ¡Habla bajo!

LUCIA. (Mirando la cuna.) ¡Qué!

LEAND. No temas,
no es nada; pero tenemos
un huésped.

LUCIA. ¿Un huésped?

LEAND. Sí.
un muchacho de mi aldea.

LUCIA. ¡Dios mío! ¿y cómo lo hacemos?

LEAND. Vamos á lo que interesa;
porque mientras él descansa
hay que disponer...

LUCIA. Dios quiera
que llegue...

LEAND. ¿Cuánto te han dado
por los libros?

LUCIA. Á peseta,
por hacerme un gran favor,
los ha pagado.

LEAND. ¡Oh, miseria!

LUCIA. Y aún dijo que los tomaba
por compasión, pues no llega

ninguno sino á comprar
alguna que otra novela.

LEAND. Bien, salgamos del apuro;
Dispón algo...

LUCIA. ¿Y si viniera
el casero?

LEAND. ¿Cómo pago
si el dinero no me llega?

LUCIA. Quien da lo que tiene, cumple.

LEAND. Yo haré que se compadezca
don Gil, y ponga un remedio.

LUCIA. ¡Quiéralo Dios! Voy apriesa.

LEAND. Resignación, vida mía.

LUCIA. ¡Confío en la Providencia! (Vase.)

## ESCENA IX

LEANDRO, luégo ROQUE

LEAND. Todo por no confesar
mi estado; hé aquí una prueba
bien clara, de que es un crimen
el orgullo en la pobreza.

ROQUE. (Saliendo.)(¡Con qué ruina están los probes!)

LEAND. ¿Qué es eso? ¿ya te despiertas?

ROQUE. ¡Quiá! si aún no he pegao los ojos.

LEAND. ¿Es dura la cama?

ROQUE. Es güena
pal que acostumbra á dormir
al raso y entre las peñas
dempués de echarse un güen trago
y comerse dos docenas
de magras de pernil viejo
con pimentón de corneta;
porque en toiticos los tiempos,
pa dormir á pierna suelta,
un saco de paja es gloria,
si la barriga está llena.

LEAND. Entonces...

ROQUE. Pero es mu duro
ese jergón de arpillera
pal que, como tú, trabaja

y la chola se calienta,
y luégo se va á dormir
con la panza medio *güeca*.

LEAND. No te entiendo, Roque.

ROQUE. ¡Roque!
Roque es mu bruto, mu bestia,
pero á nenguno en el mundo
le ha negao su probeza,
cuanto ni más á un amigo
á quien quiere tan de veras.

LEAND. Tienes razón, yo debí
decir...

ROQUE. De modo y manera,
que si no acierta á venir
tan á tiempo tu parienta,
y no acierto á ser curioso,
y no tengo güena oreja,
hacცs por mí el sacreficio
sin que yo me diera cuenta.

LEAND. Hombre...

ROQUE. ¿De qué te ha valío
tanto libro y tanta cencia?
¿Pa qué vale hacerse sabio
y darle al caletre güeltas
y leendo y más leendo
pasarse la noche en vela,
si al fin con tantos ojazos,
no sabís leer una letra
en el corazón de un probe
que aquí en la mano lo lleva?

LEAND. ¡Oh!

ROQUE. ¿Qué sabe de amistá
quien vive pasando penas
y oculta el llanto, sabiendo
que las *glárimas* consuelan?

LEAND. ¡Roque!

ROQUE. Arre allá, ¡voto al as!
que más puesto de manera,
que me están dando intinciones
de reventarte la geta.
Miá tú, pues si yo me como
tu sudor á boca llena

y luégo llego á saber
lo que sé... la Magdalena
me valga... echaba las tripas
como aquel que se envenena.
Arre hacia allá, mal amigo,
¡no sé cómo hay quien te quiera!
¡Por vida del otro Dios!
Se me ha puesto aquí una pena,
que paice que el gigantón
que sale allí por las fiestas,
con aquellas dos manazas
el pescuezo me repreta.
¡Otra que Dios! ¿pus no lloro?
¿Qué haces? abraza, ¡babieca!

LEAND. ¡Roque! (*Abrazándole.*)

ROQUE. Aprétame ú reviento.
¡Por vida de las cuarenta!

## ESCENA X

ROQUE, LEANDRO, DON GIL y DON ELOY

LEAND. ¡Calla! (*Roque se aparta á un lado.*)

ELOY. Merezco cien palos
por tener tanta paciencia.

GIL. Hombre, un poco de conciencia.

ROQUE. (¡Vaya un par de murciegalos!)

ELOY. Ahora que no habrá razones
que oponerme... (*Á Leandro.*)

GIL. ¡Hombre, por Dios!
(*Á Eloy señalando á Roque.*)

ELOY. ¡Bah!

LEAND. Puede usté hablar.

ROQUE. (Los dos
tienen cara de ladrones.)

ELOY. El plazo ya ha terminado,
conque...

GIL. Espere usted. Á ver,..
(*Se acerca a la mesa.*)

ROQUE. ¡Eh! ¿qué es lo que va usté á hacer?

LEAND. Aparta. (*Á Roque.*)

GIL. ¿Se ha trabajado?

LEAND. Nada.
GIL. Y en tal situación,
¿se descuída usted así?
ROQUE. (Me paice, me paice á mí
que voy á tener junción.)
ELOY. ¿No lo dije?
GIL. Amigo mío...
ELOY. Si no se puede tener
compasión...
ROQUE. ¿Se pué saber
qué es lo que quiere ese tío?
ELOY. Ese lenguaje grosero...
LEAND. Perdone usted, don Eloy.
ELOY. Mire quién es y quién soy,
y no sea majadero.
GIL. (Á don Eloy ) (No levante usted marea.)
ROQUE. Oiga usté. (Á don Eloy.)
LEAND. ¡Calla!
ROQUE. No, pues...
LEAND. Este amigo mío, es
un muchacho de mi aldea.
ROQUE. Justo: un amigo cabal,
que no puede premitir
que venga usté aquí á icir...
GIL. No sea usted animal.
ROQUE. ¡Animal!
(Levanta la vara. Leandro se interpone.)
Tienen razón; (Transición.)
soy un infelíz baturro;
pero si el cráneo es de burro,
es de hombre mi corazón.
Conque cudiao conmigo,
que cuando llega un momento,
mas que venga un rigimiento
no se marruga el ombligo.
ELOY. Bien: dejemos eso á un lado.
¿Paga usted? (A Leandro.)
LEAND. Don Gil dirá.
GIL. Yo nada puedo hacer ya.
Si hubiera usted acabado
sus entregas...
LEAND. (¡Oh!)

GIL. (Á Eloy.) (Apurarle
es preciso, y de ese modo
podemos lograrlo todo.)
ELOY. Conque... (Á Leandro.)
LEAND. No puedo pagarle.
ELOY. Eso es jugar á capricho
conmigo: mañana entablo
demanda...
ROQUE. (¡Voto á San Pablo!)
ELOY. ¡Y á la calle!
ROQUE. ¿Quién lo ha dicho?
(Dando con la vara en la mesa.)
GIL. ¡Eh! (Pasando al otro lado.)
ELOY. ¿Cómo? (Retrocediendo.)
LEAND. ¡Roque!
ROQUE. Confía
en mí, que te quio ayudar.
LEAND. Pero...
ROQUE. Verás: voy á hablar
con la mayor cortesía.
Señor, yo soy un zangano;
pero si á la cencia no,
la madre que me parió
ma enseñao á ser cristiano.
En balde nunca conmigo
ha topao el pordiosero;
cuando no tengo dinero,
alargo un almú de trigo.
Y lo alargo con amor
y satisfecho me siento,
porque cumplo el mandamiento
que mandó nuestro Señor.
Haga usted, pues, lo mesmico,
y en plata mejor que en crobe,
que cuando da crobe al probe,
debe dar su plata el rico.
Yo pienso que este trebuto
es la cosa más hermosa;
si el sabio piensa otra cosa,
estoy mu bien siendo un bruto.
La pelleta, ni pa criba
sirve del más caballero:

aquí se queda el dinero,
pero el alma *sube arriba.*
Conque penicas á un lao,
y pues que ocasión le sobra,
haga usté una buena obra;
mía tú yo si mi portao.

LEAND. ¡Ah, corazón excelente!

GIL. (Apenas tiene malicia.)

ELOY. Pero, señor... ¿no hay justicia
que cargue con esta gente?

ROQUE. ¿Cómo?

ELOY. ¡Pues no se me pone
á decirme tan de veras,
que tras subir escaleras
el alquiler le perdone!

ROQUE. ¡Otra!... ¿y qué?

ELOY. ¡Pues por mi fé,
que esta guardilla está un salto!

ROQUE. Pus Dios subió algo más alto
para perdonarle á usté.

ELOY. ¡Basta!

ROQUE. ¡Le escuece el ejemplo!

ELOY. Yo aquí he venido á cobrar...

GIL. Es muy cierto.

ELOY. Y no á escuchar
sermones, esto no es templo.

ROQUE. ¿Conque de tanta amargura
no tiene usté compasión?

ELOY. No cedo de mi razón.

ROQUE. ¿Ni por esta creatura?
(Señalando á la cuna.)

ELOY. ¿Me quiere usted condenar?

GIL. ¡Digo!... con los baturrillos...

ELOY. Yo, que por no ver chiquillos
no me he querido casar...

GIL. ¡Basta! que ya me enternece
su situación... pagará
si quiere.

ROQUE. (¿Será verdad
que este hombre se compadece?)

LEAND. Gracias, don Gil.

GIL. ¡Poco á poco;

yo la deuda pagaré,
pero ha de firmar usté!

ROQUE. ¿Á ver qué?

GIL. No sea loco,
hombre. Cualquiera asegura
su dinero; y por si acaso,
para salir de este paso
firmará usté esta escritura.
(Dándole un papel, que Leandro lee.)

LEAND. «Satisfaré á don Eloy...»

GIL. ¿Pero usté piensa cumplir?...
Cinco años me ha de escribir
al precio que escribe hoy.

ROQUE. ¿Y eso qué es?

LEAND. Vender mi nombre
y mi sangre...

ELOY. Le es preciso
salir de su compromiso.

LEAND. Sí.

GIL. Justo.
(Poniendo el papel en disposicion de firmar.)

ROQUE. Arre allá, ¡probe hombre!
(Empuja á don Gil y le quita el papel.)

GIL. ¡Cómo!

ELOY. ¡Eh!

ROQUE. Yo sé lo que me hablo.

GIL. ¿Habrá quien pueda con él?

ROQUE. Tío lagarto, este papel
es un trato con el diablo.

GIL. Déme usted...

ROQUE. (Lo rompe.) Con una tranca.

GIL. ¡Y lo rompe!

ROQUE. Porque quiero.
¡Ea!... Aquí de mi dinero.
(Tira del bolso de cuero y lo echa en la mano.)

ELOY.
GIL. } ¡Cómo!

ROQUE. ¡Soy un Salamanca!

LEAND. ¡Roque!

ROQUE. Mia como al conjuro
sarriman...

GIL. (¡Por Lucifer!)

ROQUE. Capaces son de vender
á su padre por un duro.

ELOY. (Á Gil.) (¡Nos burló!)

ROQUE. (Á Eloy.) Ea, tío mendigo...
coja usté un doblón (Lo coge.) y atrás;
como toque usté uno más,
de un barazo lo esbarrigo.
Y usté... (Á Gil.)

GIL. (¡Voto á Belcebú!)

ROQUE. Si de cobrar tiene gana,
güelva por aquí mañana.

LEAND. Oye, Roque... (Á Roque.)

ROQUE. (Á Leandro.) Calla tú.

GIL. Pero...

ELOY. (Á Gil.) (De nada te duelas,
ó nos va á dar un trancazo.)

ROQUE. Afuera... ó de un puñetazo
le voy á batir las muelas.

LEAND. Eso, Roque, no ha de ser.
Con buena ó mala intención,
él me dió su protección,
y pagarle es mi deber.

GIL. Justo.

ROQUE. ¿Quién ice que no?
Si consiste en el dinero,
siempre serás caballero
tanimientras tenga yo.

LEAND. Pero...

GIL. (Á Leandro.) Hombre, déjelo usté.

LEAND. Yo no debo tolerar...

GIL. Si el hombre puede pagar,
que pague.

ROQUE. ¡Pues ya se ve! (Saca el bolso.)
y en onzas de oro, cabales.
¿Cuánto?

GIL. Poco resta ya.

ROQUE. Dí tú... (A Leandro.)

LEAND. El señor lo sabrá
mucho mejor.

GIL. Dos mil reales.

LEAND. Eso es.

ROQUE. Pus basta de apuros.

LEAND. (Á Gil.) ¿Ve usted qué alma?
GIL. Es un tesoro. (Con hipocresía.)
ROQUE. Ahí van los cuartos en oro;
seis onzas y cuatro duros.
(Don Gil las examina.)
Mírelas, que no hay nenguna
falsa.
GIL. (Mi estrella maldigo:
¡se me escapa un pez...) Amigo,
(Á Leandro mientras se guarda el dinero.)
ha tenido usted fortuna.
(Á Roque.) Yo también le quise dar,
pero no se puede hacer;
no trabajan...
ROQUE. Sin comer
no se puede trebajar.
ELOY. Vamos.
ROQUE. ¿Aún en irse tarda?
GIL. Voy.
ROQUE. Y aprenda á güena cuenta
lo que en Aragón alienta
bajo una chaqueta parda.
(Vanse don Eloy y don Gil.)

## ESCENA XI

LEANDRO y ROQUE

ROQUE. Ahora, todos á mi choza.
LEAND. ¡Roque! (Abrazándole.)
ROQUE. Baste de aflicción,
que tengo aquí un corazón
más grande que Zaragoza.
Tú, tu chiquio y tu mujer,
á mi pueblo...
LEAND. Pero si...
ROQUE. Naide me replica á mí.
Lo que te digo ha de ser.
LEAND. ¡Roque! pero no podemos.
Yo pobre, tú jornalero...
ROQUE. ¡Por vía del mundo entero!

de lo que haiga comeremos.
Allí al menos hay anchura
y caridá... Dios no es sordo.
En fin, se pone uno gordo
con tres chavos de verdura.
Conque á ver lo que tarrima
en la esquela el escribano.

LEAND. Es verdad. (Tomando la carta.)

ROQUE. Y á dar de mano,
que esto se me cai encima.

LEAND. Con la angustia me olvidé.
(Abriendo la carta.)

ROQUE. (¡Lástima de criatura!)

LEAND. ¿Es cierta tanta ventura? (Con gozo.)

ROQUE. ¿Qué te pasa?

LEAND. ¡Abrázame!
Ya somos ricos los dos.

ROQUE. ¿Si se me habrá güelto loco?

LEAND. Roque... amigo...

ROQUE. Á poco á poco.

LEAND. Escucha y bendice á Dios:
(Leyendo.) «Señor don Leandro Perea.—
»Terminado por fin el pleito con motivo del
»cual se le negaba á usted el derecho de
»ser heredero de Pablo García, por mal
»nombre Aleluya, y habiendo salido defini-
»tivamente desestimados todos los dere-
»chos que alegaba la parte contraria, pue-
»de usted presentarse en esta escribanía
»para tomar posesión de los bienes del fina-
»do, como así se publica en el *Boletín Ofi-*
»*cial*. Doy á usted mi cordial enhorabuena,
»y sabe lo estima... etc.»

ROQUE. Anda, no es la hacienda escasa;
tres huertos, un olivar
y un campo. Ya pues mandar
estos trastos á otra casa.

LEAND. ¿Yo en Madrid?...

ROQUE. Cambia de porte.

LEAND. ¿Por que?

ROQUE. ¡Otra!...

LEAND. Me voy contigo.

ROQUE. ¿Á qué?
LEAND. Á tener un amigo,
ya que no le hallo en la corte
Tú serás mi arrendador.
Lo que de vida me queda,
seré, como Timoneda,
novelista y labrador.
ROQUE. ¡Maño! (Le abraza.)
LEAND. Nos vamos mañana.
¿Qué es eso?
(Á Roque que hace esfuerzos grotescos.)
ROQUE. Que no pueo hablar
de gusto. Ahora hay que tirar
los trastos por la ventana.
No ha de quedar una mota
de este bolso.
(Echa el dinero de la bolsa en la mesa.)
LEAND. Calma, Roque.
ROQUE. ¡Quiá! ¡Si ha de haber alboroque
y se ha de bailar la jota!
(Se pone á bailar.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y LUCÍA

LUCIA. ¿Qué sucede?
LEAND. Ven aquí.
LUCIA. ¿Se ha vuelto loco este hombre?
ROQUE. De alegría.
LEAND. No te asombre.
LUCIA. Pero ¿qué sucede? Dí...
ROQUE. Que todo sacabó, ¡justo!
que mus vamos al lugar,
y allí mus vamos á estar
hasta morirnos de gusto.
LUCIA. ¿Pero es cierto?
LEAND. Sí, Lucía.
LUCIA. Mas ¿cómo?...
ROQUE. Ya lo sabrás.
Ahora á comer y ná más.

LUCIA. ¡Ay! ¡hijo del alma mía!
ROQUE. ¡Miá cómo rie!-¡Jé, jé!
(Haciendo fiestas al niño.)
LEAND. Bendito el sagrado nombre
de aquel que responde al hombre
cuando le llama con fé.
Nuevo sol para mí brilla,
y á su luz iré escribiendo
lo que ha aprendido sufriendo
EL POETA DE GUARDILLA.
(Lucía y Roque junto á la cuna y tras ella Leandro.—Cuadro.)

FIN DE LA COMEDIA

# MI COSTUMBRE

Consiste en dar las gracias á los artistas que toman parte en la representación de mis pobres comedias. Muy agradecido os estoy, Catalina Montesinos, Eduardo Fraile, Ignacio Ruíz Cámara. Mucho debo al estudioso é inteligente actor Rafael Castillo, que ha dado á mi poeta ese tinte de amarga dignidad con que el artista ha sabido conmover al público hasta hacerle derramar lágrimas. Pero ninguno de vosotros se enojará si hago especial mención de José Barta, que ha creado en mi obra un verdadero aragonés como no pudieran concebirlo mejor los artistas más eminentes. Quede así consignado en estas líneas, que prueban la sincera gratitud de vuestro amigo

El Autor.

